

La interculturalidad y la farsa del bilingüismo

Bartomeu Melià, s.j.¹

Hay en el Paraguay veinte pueblos indígenas que nos son extranjeros en su propia tierra; hay grupos de inmigrantes que viven distantes y cerrados frente a los paraguayos – y viceversa – y hay, sobre todo, discriminaciones conscientes y establecidas, que ni la educación ni el sentido común consiguen desbaratar.

Por diversas razones solemos estar al margen de la diversidad cultural de nuestra misma sociedad; cada uno viviendo sus propios usos lingüísticos, sus modos de comunicación exclusivos, manejándose dentro de un determinado ambiente social y profesional y limitando sus movimientos a espacios físicos cerrados – Mercado 4 o shopping, terminal de ómnibus o aeropuerto. En verdad todos somos fronterizos y muy pocos traspasamos nuestras propias fronteras.

La interculturalidad es una hermosa teoría y un programa razonable, al ser también pedagogía de diálogo y ejercicio de superación de diferencias sin eliminarlas, potenciándolas incluso. La interculturalidad es, sin embargo, en su práctica, un repetido fracaso. Y hay que preguntarse por qué.

Y lo mismo digo del bilingüismo, que sería un área particular de interculturalidad. Sin bilingüismo, al menos intencional, no hay interculturalidad. El fracaso de uno lleva al fracaso de la otra.

1 Este artículo se ha publicado en versión impresa en una recolección de textos de Bartomeu Melià organizado bajo el nombre *Pasado, presente y futuro de la lengua guaraní*, en la colección Biblioteca paraguaya de antropología, v. 74, editado por Ceaduc (Centro de Estudios antropológicos de la Universidad Católica de Asunción) y por el Isehf (Instituto Superior de Estudios Humanísticos y Filológicos), Asunción, 2010.

1. Un manifiesto por la lengua común

Un grupo de “personalidades”, que se proclaman orondamente intelectuales, han sacado en España, el 23 de junio de 2008, un *Manifiesto por la lengua común*².

El hecho de que entre ellos haya algún americano como Mario Vargas Llosa le proporciona un alcance inquietante para esa América que, por desgracia, se sigue afirmando “hispana” y “latina”, desconociendo su profundidad precolonial – prehistórica si se quiere –, su historia colonial y su composición étnica. La sustitución de poblaciones ¿es ya un hecho, o una ilusión pretendida?

La premisas y exigencias de tal manifiesto, leídas desde América, muestran la mentalidad y la voluntad unilingüe de las lenguas políticamente dominantes, y la escasa posibilidad de verdadera interculturalidad y bilingüismo en aquellos países que proclaman una sola lengua supuestamente común, como la castellana en España, y de manera todavía más exclusiva en casi todos los países de América.

Sólo el Paraguay reconoce como oficial, a nivel de todo el país, también una lengua indígena (el plurilingüismo en Bolivia, según la última Constitución de 2009, tiene otras características). En principio, pues, serían dos las lenguas comunes en este país: guaraní y castellano. Ahora bien, en la práctica, el guaraní carece de todos los atributos propios de lengua oficial, como sería el uso público. Ni el Estado ni los medios de comunicación – salvo alguna tímida excepción – usan la lengua propia del país que es el guaraní, cuando en realidad es la más común en la relación comunitaria. El guaraní está ausente de la que puede llamarse vida moderna: tecnología, comercio, cultura formal, administración pública.

Volvamos al *Manifiesto*. Se acepta descaradamente, por ejemplo, que “hay asimetría entre las lenguas españolas oficiales [que son el catalán, el gallego y el vasco, principalmente] lo cual no implica injusticia”. Así, “minorizar” otras lenguas tan gratuitamente, si no es injusticia, ¿qué es?

En América, ciertamente, las lenguas indígenas, desde los tiempos de los Borbones (1700) y especialmente desde Carlos III, y lamentablemente desde las Independencias del siglo XIX, han sido tenidas como asimétricas por el poder usurpado y usurpador de los Estados oligárquicos. ¿No es eso una grave injusticia?

2 Para acceder en línea al texto del “Manifiesto por una lengua común”, recomendamos el siguiente enlace: http://elpais.com/elpais/2008/06/23/actualidad/1214209045_850215.html (N.do E.).

El *Manifiesto* presupone que el proponer la educación y enseñanza en una lengua que no sea el castellano, es un acto de coacción. Sería también coacción la visibilidad de la lengua en la calle.

De este tipo de argumentación tuvieron que librarse numerosos países que se vieron sojuzgados lingüística y culturalmente, por décadas y aun por siglos, como Irlanda, Chequia, Eslovaquia, parte de Bélgica, parte de Canadá, Finlandia etc., etc. Y prácticamente toda América.

¿Por qué tiene que ser coacción tener educación general en la lengua del lugar, si los habitantes de ese lugar han de relacionarse armónicamente entre sí? Sin embargo, la educación en una lengua es apenas la medida justa y necesaria para que se mantenga en espacios comunitarios que le son propios.

¿Sería coacción para un argentino o un menonita paraguayo darle educación en guaraní? En el Paraguay muchos piensan que sí, lo que muestra nuestra connivencia con el prejuicio del *Manifiesto*. En otros países de la región ni qué decir.

Sin embargo, la queja frecuente que escuchamos de paraguayos y más de paraguayos clase media y alta que no saben guaraní es precisamente lo contrario, que se les privó del derecho de saber guaraní, en la familia y por parte del Estado.

Curiosamente el *Manifiesto* hace valer, por otra parte, un argumento de compasión paternalista, al decir que el castellano ofrece más oportunidades sociales y laborales en España y que no puede ser negado a los más desfavorecidos.

En el Paraguay y en otros países de América se hace valer el mismo argumento. ¿Sería el castellano ayuda y remedio de pobres, cuando hay tantos pobres que hablan castellano? Los indígenas de América que sustituyeron su lengua por otra nacional, ¿han tenido oportunidades y salido de la pobreza? Los factores de la pobreza son otros.

2. La cuestión de la prioridad

En el Paraguay, el Estado acepta de hecho la primacía del castellano y no la igualdad del guaraní, cuando aplica la sinrazón de imponer la educación castellana a los niños y niñas Guaraníes, con lo cual perpetúa la discriminación y recorta considerablemente las alternativas de los desfavorecidos, que lo son no porque hablan guaraní, sino porque los castellano-hablantes del Paraguay les niegan derechos laborales y sociales fundamentales.

Los grandes avances del poder monolingüe castellano en el Paraguay, cada vez más amplio y agresivo, se han dado en el siglo XX, y más concretamen-

te durante la dictadura *stronista*, cuando la población, por vías aparentemente no lingüísticas, fue siendo llevada a la desintegración de su identidad. Digo no lingüísticas, porque primero fue privada de sus recursos, de ser ciudadano pleno. El desastre ecológico del Paraguay de los últimos treinta años – digamos desde el tratado de Itaipú en 1973 (más profundo, aunque no tan dramático, que el producto de la Guerra Grande del 1870) –, ha sido vehiculado desde instancias de escasa o nula tradición paraguaya, de ninguna manera por los guaraní-hablantes.

La educación y las vías del progreso les han sido negadas a las poblaciones de lengua guaraní, ya que a ella no ha llegado ninguna reforma pedagógica sustancial, ni de parte de los docentes ni de parte de los programas – los éxitos muy limitados no pasan de experiencias piloto de escasa trascendencia. Los métodos “naturales” de reproducción de la lengua ejercitados espontáneamente en la casa y la calle son más efectivos, aunque con sus graves deficiencias, que los dados por la escuela. En otros términos, la educación en castellano, es decir, “este tipo de imposiciones abusivas [usando las palabras del *Manifiesto*, si bien al revés], daña especialmente las posibilidades laborales o sociales de los más desfavorecidos”, que en este caso no son los castellano hablantes sino los guaraní-hablantes.

3. Lengua y poder

La cuestión del bilingüismo no es lingüística, sino de poder. Una de las ideologías que considero más nefastas en el caso paraguayo es la que parte de la afirmación de que somos bilingües desde la “fundación mestiza” del Paraguay”. Son demasiadas las cuestiones oscuras que se esconden en ese supuesto. ¿Cuándo comienza la conciencia nacional paraguaya? ¿Qué relevancia tuvo y ha tenido en términos lingüísticos el mestizaje en el Paraguay? ¿Dónde y cuándo se ha visto que un mestizo hable naturalmente dos lenguas? ¿Hubo, antes del siglo XX, una sociedad bilingüe? El actual Paraguay *castellanizante*, ¿dejó de ser mestizo? Los datos históricos que manejo – que no creo sean menos en número ni importancia que los de otros colegas – me dicen que la lengua propia del Paraguay ha sido siempre el guaraní con limitadas expresiones castellanas para la correspondencia oficial hacia el exterior. Y aun estaba asegurada por un escaso número de escribientes.

La única literatura paraguaya colonial, si se exceptúa la expresión de los primeros conquistadores y sus descendientes inmediatos, fue en guaraní. Una parte del Paraguay quiso ser sociedad española, pero nunca dejó su habla guaraní.

La afirmación de país bilingüe es una concesión a una ideología oligarca, que confunde lo que es con lo que quiere ser.

Pero esta ideología promovió la única educación en lengua castellana tal como se dio oficialmente desde antiguo, pero sobre todo en el siglo XX.

El supuesto bilingüismo del Paraguay apenas camufla una forzada empresa de castellanización. Ese bilingüismo raramente ha promovido el aprendizaje del guaraní por el castellano hablante, mientras que se da la inversa, que el monolingüe guaraní acepta sí el castellano. Son los guaraní-hablantes que pasan a ser bilingües. Aquí es donde se hace patente la falta de interculturalidad real entre lenguas y sistemas de vida, que apenas entra como prótesis incómoda y al fin rechazada.

La teoría del bilingüismo – la ideología habría que decir – no conduce al bilingüismo, sino a la sustitución. Esa es la verdad.

4. La paz por las lenguas

En 1991, en su *Ética a Amador*, Fernando Savater, promotor principal del *Manifiesto*, decía que “las lenguas no se odian entre sí, sólo lo hacen los fanáticos que las manejan”. ¿Por qué ahora este giro estratégico? ¿Nos estamos volviendo viejos?

Sin odios pero con coraje, se debe establecer el diálogo de las lenguas, que en el caso del Paraguay, supone la interculturalidad del diálogo entre iguales, sin trampas y sin reservas, el orgullo y autoestima de tener la lengua guaraní como propia, que inteligentemente se abre a una segunda y tercera lengua, como lo consiguen con más facilidad que los nacionales los miembros de comunidades indígenas en el mismo Paraguay.

El castellano se está expandiendo en el mundo, y me alegro de ello, pues me da más posibilidades de acceso a fuentes de información y diálogos personales, pero no puedo ver con simpatía a los unilingües, que no saben hablar otra lengua y lo que es peor, no quieren que los otros la sepan.

No es bilingüismo el que promueve prioridades y marginaciones. La teoría y práctica del bilingüismo no procede de dos lenguas originales, sino de una lengua propia, armada y potenciada al máximo, para dialogar con cualquier otra lengua.

5. Tentación del bilingüismo

Los sucesivos procesos de globalización que se han dado en América han tendido hacia diversas situaciones, de las cuales la lingüística es la más audaz e insolente por ser la más profunda y atrevida. De todos los procesos de transformación, el de las lenguas y lenguajes es el de más largo aliento, el más

lento y el que ha conocido más fracasos, por lo menos parciales, pero ha creado situaciones de deterioro irreversibles. Tanto o más difícil que crear una lengua es al mismo tiempo deshacerse de una lengua. Con una diferencia: que si bien una lengua puede morir por rápida desaparición de todos y cada uno de sus hablantes en breve espacio de tiempo, por masacre o por enfermedad, el nacer sólo se hará a través de largos períodos de gestación, que mirados a distancia, parecen reproducir el ciclo vital de una persona – infancia (valga la paradoja, pues tratamos de gente que habla), niñez, adolescencia, juventud, madurez y vejez – aunque en dimensiones de comunidad, es decir, desde aquel “de dos en más” como decía Augusto Roa Bastos.

De todos modos hay que reconocer que las estrategias de las que se valen son bastante adecuadas, pues los argumentos finales son promovidos por los mismos lingüistas que son los que las inventaron. Ellos pues tendrán que destruirlas, aunque con otras fórmulas, ya que las que propician el bilingüismo ya se han difundido y dispersado, y son vientos que nadie sabría recoger de nuevo. Detrás de cada muerte de lengua hay un argumento lingüístico que es el que promete resurrección, aunque ocasione la muerte.

Quisiera hablar de la muerte de lenguas a través de los programas que por su nombre indican todo lo contrario, como es el bilingüismo. En el caso del Paraguay es el bilingüismo como programa la más seria amenaza para las lenguas que aquí se hablan.

Cuando en el Paraguay se habla de bilingüismo se promociona, con buena voluntad y mejores intenciones, una política de dos o más lenguas.

Gracias a la teoría de la diglosia ya sabemos que estas dos lenguas nunca están en pleno pie de igualdad, pero las ventajas del bilingüismo pueden hacer olvidar esta pequeñez. Ahora bien, lo que ocurre, y esto sí se ha dicho y probado hasta la saciedad, es que el conocimiento de dos y hasta más lenguas por un individuo es perfectamente posible y ventajoso, pero la argumentación pierde mucha fuerza cuando se trata de sociedades. Y aquí habría que recordar que no es lo mismo el bilingüismo de lenguas que pertenecen al mismo sistema – intrasistemático.